

Artículo recibido el 6 de octubre de 2017

LAS CLASES DOMINANTES EN LOS AÑOS KIRCHNERISTAS

// Emiliano López¹ y Paula Belloni²

Resumen

En este artículo intentamos dar algunas respuestas parciales, inacabadas y que permitan al menos desarrollar una polémica acerca de la conformación de un bloque en el poder en Argentina durante los gobiernos kirchneristas. Trabajamos sobre este aspecto porque consideramos que una caracterización detallada del proceso de conformación de un nuevo bloque de poder en Argentina, puede ayudar a explicar parte de las tensiones a las que estuvo sujeto el modo de desarrollo post-crisis neoliberal. En particular, porque creemos que son precisamente esas tensiones algunos de los nudos centrales que abrieron paso al cambio de etapa política al que veníamos asistiendo desde hace al menos dos años y que se ha manifestado ahora como farsa a través del acceso al poder político de la derecha *new age* en diciembre de 2015.

Palabras clave: *clases dominantes – argentina – kirchnerismo*

.....
1- Investigador de CONICET en el LESET/UNLP. Docente UNLP. Integrante del Centro de Estudios para el Cambio Social. E-mail: emiliano_lopez@speedy.com.ar

2- +Investigadora del LESET/UNLP. Docente de la UNLP. Integrante del Centro de Estudios para el Cambio Social (CECS) y de la Sociedad de Economía Crítica (SEC). E-mail: bellonipaula@yahoo.com.ar

Introducción

En los años posteriores a la crisis del neoliberalismo y la rebelión popular de 2001, los debates sobre el proceso de recomposición de la clase dominante en términos tanto económicos como políticos, tuvieron un lugar secundario en la escena política nacional y, sobre todo, en el campo popular. En la mayoría de los debates agenda, palabras tales como clase dominante, burguesía, capital, se desdibujaron en función de una categoría tan poco rigurosa analíticamente como inefectiva para un proyecto de transformación: corporación.

El problema más importante que aqueja a nuestro pueblo trabajador no es si los grandes capitales operan de manera corporativa, esto es, defendiendo intereses particulares. Lo realmente importante en una caracterización de las clases dominantes de nuestro país, es explicar cuánto poder económico y político detentan los sectores más acomodados de la sociedad, cuántas disputas o acuerdos hay al interior de esa clase dominante, cómo logran ciertos consensos en las mayorías populares para sostener sus lugares de privilegio, qué incidencia tienen en la política estatal y, por último, cómo se vinculan con los capitales globales que, sin duda, hoy son omnipresentes en las escalas nacionales de acumulación.

En base a estas preguntas, en este artículo intentamos dar algunas respuestas parciales, inacabadas y que permitan al menos desarrollar una polémica acerca de la conformación de un bloque en el poder en Argentina durante los gobiernos kirchneristas. Trabajamos sobre este aspecto porque consideramos que una caracterización detallada del proceso de conformación de un nuevo bloque de poder en Argentina, puede ayudar a explicar parte de las tensiones a las que estuvo sujeto el modo de desarrollo post-crisis neoliberal. En particular, porque creemos que son precisamente esas tensiones algunos de los nudos centrales que abrieron paso al cambio de etapa política al que veníamos asistiendo desde hace al menos dos años y que se ha manifestado ahora como farsa a través del acceso al poder político de la derecha *new age* en diciembre de 2015.

En un primer apartado nos referimos sintéticamente a la perspectiva teórica con la que abordamos las formas de dominación de las clases dominantes en la Argentina. A continuación analizamos el proceso de recomposición económica-política de las clases do-

minantes luego de la salida devaluatoria de la crisis neoliberal en el país, específicamente en el período 2002-2015. Para ello, en un segundo apartado intentamos dar cuenta de las estrategias y expresiones políticas desarrolladas por los sectores que representan los intereses del bloque en el poder en el nuevo modo de desarrollo. Y en una tercera parte del trabajo nos preguntamos acerca de la configuración material de las clases dominantes en el período: ¿qué fracciones lideraron el proceso de acumulación? ¿Cuál es el origen de estas fracciones y en qué ramas de la producción se ubican? ¿Cuál es la relación que el capital local posee con el capital global? Finalmente, dichos aspectos son complementados con ciertos elementos culturales que los sectores dominantes han logrado instalar en las últimas décadas como un marco de sentido común, que excede por mucho los vaivenes de políticos coyunturales, y permiten reproducir bajo una forma consensual sus lugares de privilegio.

Algunos mojones teóricos para analizar a la clase dominante en Argentina

Si bien nuestro interés es político, partimos de un cierto posicionamiento teórico. Consideramos que esto está más que justificado en la concepción de “filosofía de la praxis” que desarrolló Gramsci, como un intento de superar las limitaciones de una visión cientificista del marxismo, que desconoce la producción de conocimiento que el mismo pueblo trabajador lleva adelante en su experiencia práctica. Esta posición nos permite en definitiva comprender la acción político-intelectual como una acción clave, pero alejada de todo academicismo y cientificismo infértil.

En buena medida el análisis teórico-político es, como nos recuerda Gramsci, un ejercicio de “traducción” de la práctica concreta, de la experiencia vivida por nuestro pueblo, en el plano teórico, y viceversa. Esto le da sentido a la idea de que “todo hombre es un filósofo” y por tanto nos permite alejarnos de las posiciones iluministas que dominan en el campo de cierta izquierda tradicional.

Desde esta posición planteamos algunas categorías clave para pensar cómo se ha configurado la clase dominante en la Argentina reciente.

En primer lugar, es ineludible plantear que todo análisis político de una coyuntura o una etapa histórica, debe partir o tomar en cuenta la estructura y dinámica de las relaciones sociales más

importantes, esto es, de las *relaciones de clase*. El olvido de este punto, nos lleva en la mayoría de las ocasiones a un impresionismo por la coyuntura y los liderazgos personales, y a una sobrevaloración de la contingencia política sobre la realidad social (política como espectáculo, intervenciones en el plano mediático o estrictamente en el plano simbólico). Si algo aparece como evidente, muy a pesar nuestro como militantes populares, es el peso del poder estructural de clase, eso a lo que Gramsci aludía como “pesimismo de la inteligencia”.

El análisis que planteamos entonces, se basa en la idea de que luego de la crisis de 2001 en Argentina hay cierta estructura de clases (que es a la vez económica, política y cultural) que posee una persistencia para explicar parte importante de los avances y las limitaciones de las fuerzas populares para transformar radicalmente nuestra realidad nacional. Sin embargo, como la clase es una relación social es también un proceso, es decir, la clase se forma en la experiencia vivida de los diferentes grupos de la sociedad, lo cual conlleva a que no exista un único comportamiento de clase acorde a intereses económicos³.

En segundo lugar, identificamos a la clase dominante como aquella formada por individuos que ocupan un lugar de privilegio, tanto económico como político y, más aún, logran imponer una “cultura dominante” que se expresa sobre todo en la reproducción del sentido común. En la sociedad Argentina, los Bunge y Born, los Martínez de Hoz, los Rocca, los Bulgheroni, los Fortabat, los Noble, los Pagani, los Braun, los Blaquier, los Macri, entre otros, son los nombres propios de aquellos sujetos que ocupan lugares de privilegio en el plano económico y que en la mayor parte de la historia de nuestro país tuvieron una gran influencia en la política estatal. En este sentido, también tenemos que agregar a todas aquellas empresas de capital transnacional que históricamente -y en especial desde la última dictadura cívico-militar- y hasta nuestros días poseen un papel protagónico en el juego de la acumulación en Argentina.

Para dar cuenta de esta cuestión, podemos tomar en cuenta cierto agrupamiento económico de los diferentes actores sociales dominantes. Es decir, sacando los nombres propios, podemos analizar

.....
3- Thompson afirmaba en el mismo sentido: “(...) no hay examen de determinantes objetivos (y desde luego modelo teórico obtenido de él) que pueda ofrecer una clase o conciencia de clase en una ecuación simple” (Thompson, 1984: 38).

las posiciones económicas de estos actores de clase para la etapa iniciada en 2002 a partir de grupos de empresarios que se dedican a ciertas actividades y que, por tanto, poseen intereses comunes que los distancian parcialmente de otros actores aún de su misma clase.

Se trata de fracciones productivas, financieras y comerciales de la clase dominante que poseen una especificidad de intereses. A su vez, al interior de estas fracciones hay una serie de actores empresariales que tienen algunos intereses dispares entre sí: sectores productivos agrícolas grandes, sectores de pequeños productores agrarios, sectores de empresarios manufactureros grandes, sectores de empresarios manufactureros pequeños y medianos, entre otros. Es a partir de estas categorías de fracciones y sectores al interior de la clase dominante que nos proponemos retomar, en el marco de la primera década del siglo XXI, los interrogantes clave planteados en los textos clásicos de la teoría social latinoamericana: ¿Cómo se conforma internamente la clase dominante y cuáles son los vínculos entre las distintas fracciones de la clase dominante y respecto de otros actores? ¿Cuáles son las relaciones – subordinación/no subordinación – entre la clase dominante local y la clase dominante de los países centrales?

A su vez, hay otros aspectos más complejos y contingentes que debemos introducir en el análisis: ¿Cómo logran los actores privilegiados de nuestra sociedad contemporánea reproducir sus lugares de privilegio a través de los aspectos políticos y culturales? Aquí entran en juego una variedad de cuestiones entre las cuales sólo tomaremos algunas puntuales en este artículo.

La primera de ellas es, siguiendo lo planteado más arriba, que la dominación económica tiene una contraparte en la expresión de las diversas fracciones de clase como fuerza social. Esto podemos verlo a partir de que cada fracción o sector organiza sus intereses político-corporativos en la forma de asociaciones empresariales. La Sociedad Rural Argentina (SRA), la Unión Industrial Argentina (UIA), la Asociación Empresaria Argentina (AEA), la Cámara Argentina de la Construcción (CAC), la Cámara de Comercio, la Asociación de Bancos de la Argentina (ABA) y una miríada de otras organizaciones de menor fuste se encargan de la representación de los intereses político-corporativos de los sectores empresariales más importantes del país. Las estrategias de cada una de las entidades tienen diferencias entre sí, pero por lo general

tienen en común que intentan representar los intereses de su sector en dos frentes: hacia el Estado y hacia el conjunto de la “Sociedad Civil”.

En el primer caso, la relación es más directa y está asociada a la capacidad de estos sectores para influir en los “aparatos de Estado” (ministerios, secretarías, etc.) para que las políticas estatales, las resoluciones ministeriales, la reglamentación de leyes y decretos, faciliten el cumplimiento de sus intereses concretos como sector. Es claro, si partimos de una lectura no instrumental del Estado, que el éxito de estas estrategias será resultado de la correlación entre estos sectores de la clase dominante y las clases subalternas, del rol de la fuerza política o partido que accede al gobierno e, incluso, de la capacidad de cada sector de la clase dominante para incluir algún representante directo en la propia estructura burocrática estatal. En este punto, la acción de la clase dominante no excede el momento económico y/o corporativo y, por tanto, su accionar se ve reflejado en la estricta dimensión burocrática-administrativa de la política estatal.

Sin embargo, la eficacia de la acción de las fuerzas sociales que expresan los intereses de diferentes sectores de la clase dominante se vincula también con el momento político-hegemónico. Este momento atañe a un proceso por el cual las demandas, las posiciones ideológicas, los intereses de un grupo aparecen como universales para la Sociedad Civil. Este salto de que un interés particular se convierta en un interés universal, por lo general se logra en tres movimientos simultáneos: la clase dominante se unifica en función del sector que logra articularla (es decir, el hegemónico), la fuerza política en el poder reconoce los puntos centrales de esta articulación hegemónica y los principales aspectos de esta articulación incluye el consenso de los subalternos. En definitiva, esto es la constitución de una hegemonía, es decir, una forma de dominación consensual que siempre se encuentra abierta a la disputa por otros proyectos hegemónicos.

Pasando en limpio, tomaremos estos elementos que presentamos muy sintéticamente aquí para dar cuenta de cómo se constituyó un bloque de poder en los años post-neoliberales, a través de qué lógicas económicas y políticas logró consolidar su dominación este bloque. Trabajaremos entonces en tres dimensiones: la económica, la política y, en menor medida, la cultural durante los años

del modo de desarrollo post-neoliberal 2002-2015.

Las articulaciones políticas del nuevo bloque en el poder en Argentina

Luego de la crisis orgánica de 1998-2001, comenzó a emerger en Argentina un periodo de normalización política e institucional y de establecimiento de las bases de un nuevo “modelo económico” con orientación exportadora. El establecimiento de estas bases se da entre 2002 y 2007. Este periodo estuvo acompañado por la constitución de una hegemonía desarrollista impulsada por un sector del nuevo bloque en el poder conformado por la articulación de las diferentes fracciones productivas del gran capital. Centralmente, este bloque productivo se fue forjando desde los años de la crisis del neoliberalismo. Durante la recesión iniciada en 1998 ya se comenzaba a cuestionar desde varios agrupamientos empresarios la política macroeconómica y, por tanto, ponían en tensión la “comunidad de negocios” constituida desde fines de los ochenta y sostenida durante el menemismo.

Dos aspectos comenzaron a marcar los límites de esa unidad política de la clase dominante Argentina a fines del siglo XX.

En primer lugar, las contradicciones de la acumulación dependiente manifestadas en la recesión de finales de los ‘90 produjeron la caída de la rentabilidad de todos los sectores de actividad dedicados a la producción de bienes, a excepción de los grandes capitales concentrados. Ese ciclo recesivo que comienza con mayor fuerza en 1998 se encontraba íntimamente ligado (o al menos acentuado) a la convertibilidad de la moneda en un tipo de cambio fuertemente apreciado y a la fragilidad que provocaba la apertura comercial y financiera indiscriminada, que fue la marca registrada de los años neoliberales. Esa situación de recesión profunda puso en cuestión que la reproducción del capital productivo podría lograrse a través del alicaído decálogo de Washington.

En segundo lugar, el desgaste en la hegemonía neoliberal durante el segundo mandato de Menem y el derrumbe posterior durante los años de la Alianza, terminaron de poner en cuestión las condiciones políticas de sostenimiento de un orden que permitiera la acumulación de capital de manera estable y la dirección política de la sociedad sin sobresaltos. Sobre todo este segundo aspecto

fue producto de la resistencia del pueblo trabajador en sus diversas formas organizativas que, si bien no consolidó proyectos alternativos, tuvo una capacidad destituyente muy importante ante el avance cada vez mayor de la exclusión, la desigualdad y la pobreza que imponía el “modelo” neoliberal.

En esta coyuntura entonces, que podemos llamar crisis orgánica de 1998-2001, se configura un bloque empresarial que se aleja de las posiciones políticas del bloque en el poder neoliberal conducido por las transnacionales productivas, los monopolios mediáticos y los grandes bancos que formaban el “Grupo de los 8”. Este alejamiento tiene un punto de inflexión claro en 1999 con la conformación de lo que se llamó el “Grupo Productivo”, que articuló a la Unión Industrial Argentina, la Cámara Argentina de la Construcción y Confederaciones Rurales Argentinas. Estas entidades empresariales fueron, en buena medida, las que impulsaron los puntos nodales de la transición post-crisis y, por tanto, los que lograron imponer una hegemonía, una dominación con consenso activo, durante los años posteriores a la crisis⁴.

Por supuesto que, dada la complejidad de las formas de representación, esta expresión que aparecía en principio como político-corporativa (un sector que defendía la importancia de que existan políticas que fomenten la producción), tuvo un salto hacia el momento político-hegemónico a través de la articulación con una fuerza política ligada a un sector del peronismo y al radicalismo en crisis (encabezados por Eduardo Duhalde y Raúl Alfonsín) que se dio en llamar Movimiento Productivo Argentino. Más allá de su intrascendencia como proyecto de mayorías, estos sectores político-partidarios operaron con la estrategia para que el proyecto del Grupo Productivo fuera el predominara en la transición.

Por supuesto que si la hegemonía es consenso y no mera coerción, en el bloque que describimos faltaba una adhesión de clases subalternas. Los gestos que comienzan a darse desde la Confederación General del Trabajo (CGT) y el Movimiento de Trabajadores de la Argentina (MTA) (el sector de la CGT disidente liderado por Hugo Moyano) fue central en establecer las posibilidades de ocurrencia de la transición post-crisis con las características que tuvo y no con otras características.

Así, entendemos que más que una disputa que se ciña a la discu-

.....
4- Ver para más detalles López (2015).

sión entre devaluadores y dolarizadores (una lectura estrecha para entender el cambio en el orden social y la transición post-crisis), lo que se forjó en la crisis alejado de las demandas populares más radicales y combativas, fue un bloque social y político que tenía por proyecto de salida de crisis, un ideario desarrollista planteado en una ecuación simple: favorecer la rentabilidad de los sectores productivos, favorece la creación de empleo, permite aumentos de salarios, conlleva tanto al aumento en el consumo interno, como a las capacidades exportadoras del país.

Este esquema lineal es el que explicó con claridad Rodríguez Saá inmediatamente después de asumir y asistir con honores a la CGT a dar un discurso de unidad que activaba con claridad dos elementos propios de los años de la sustitución de importaciones: el desarrollo industrial como motor del país y las mejoras para la clase obrera que de ello se derivaban. La política clave de este cortísimo gobierno no fue menor: decretar el no pago de la deuda externa que era una demanda clave del bloque productivo para des-ahorcarse luego de los años de plata fácil pedida en el exterior que nunca podrían haber devuelto.

Durante el gobierno de Duhalde, en definitiva, se implementó a través del Estado el conjunto de políticas “productivas” que lograban el consenso para la transición, no sin una buena dosis de coerción para los sectores más radicales como el Movimiento Piquetero. Estas políticas, además del no pago de la deuda, fueron: la devaluación del peso y la pesificación asimétrica de deudas, la aplicación de retenciones a las exportaciones agropecuarias y petroleras, la baja tasa de interés, la política fiscal expansiva con subsidios a la industria y a los servicios públicos, los programas sociales masivos y la negociación de salarios a través del mecanismo de paritarias. Incluso de manera más instrumental, podemos pensar en cómo dos referentes de la UIA como De Mendiguren y Lavagna, un dirigente del sector industrial y un intelectual orgánico respectivamente, ocuparon cargos clave en la transición.

Si analizamos entonces la situación de las clases dominantes desde la crisis hasta la estabilización del nuevo orden post-crisis, encontramos en: Grupo Productivo + Movimiento Productivo Argentino + CGT, al bloque social y político que encabeza la transición post-crisis. De esta manera, establecen el nuevo conjunto de

políticas macroeconómicas y los núcleos básicos del sentido común de época que se constituye en rechazo a varios (no todos) los núcleos de sentido común neoliberales, retomando y reactivando en la nueva coyuntura una memoria ligada a una tríada que podemos nombrar como: industria-trabajo-nación.

Este es el consenso que entendemos se desarrolla durante los dos gobiernos kirchneristas en relación a la fracción de la clase dominante que logra tener representación concreta en el Estado, es decir, por tanto ser en buena medida una conducción ética-política. Esto al menos es más claro entre 2003 y 2007, dónde existe un acuerdo muy amplio en el empresariado local (no necesariamente nacional, pues es muy poco representativo) de que las políticas adoptadas y el proyecto estratégico que se llevaba a cabo durante el gobierno de Néstor Kirchner es el correcto.

Sin embargo, como toda hegemonía está en disputa y más allá de las disputas de los subalternos hacia este nuevo ordenamiento hegemónico, un sector de las clases dominantes que fue ganador en términos económicos (de obtención de ganancias) de las políticas macroeconómicas, no se vio representado en el plano político y fue excluido de la conducción política del Estado. Para simplificar, en este sector se ubican la Sociedad Rural Argentina y sus satélites; el sector de empresas de Comunicación y Multimedios; algunos grandes capitales transnacionales y las empresas de servicios públicos privatizadas.

Estas fracciones del empresariado, “desgarrados” según la interpretación que compartimos de Francisco Cantamutto (2015), de elevada concentración y con capacidad de operar globalmente, conformaron un bloque disidente en la política hegemónica de la nueva etapa, pero central en la dinámica de acumulación de capital. Esto que en términos economicistas parece una paradoja, creemos que es perfectamente posible de interpretar bajo el tipo de análisis que planteamos aquí.

Es precisamente este sector, la SRA y los grupos empresariales que conforman la Asociación de Empresaria Argentina desde 2002, el que intenta socavar crecientemente la hegemonía política del bloque productivo al interior del bloque en el poder y que dio en la tecla, finalmente, constituyendo la pata corporativa de una nueva experiencia política de la derecha argentina que logró acceder al sillón presidencial en 2015.

Los “ganadores” en el nuevo ciclo de crecimiento

La conjunción virtuosa de crecimiento acelerado, elevada rentabilidad empresarial y mejora en el empleo y los ingresos asalariados que vivió la economía argentina durante 2002-2007/2008, fue posible por las condiciones económicas que imperaron tras la crisis⁵ y la capacidad de conducción hegemónica del bloque productivo que encabezó la transición.

La pregunta que consideramos importante aquí es quiénes fueron los actores ganadores de la etapa en términos económicos, es decir de obtención de ganancias, dada la articulación entre la dinámica de acumulación, el proyecto hegemónico y las políticas estatales clave del llamado “nuevo modelo”. Como vimos, no existe necesariamente un “acoplamiento” entre la propuesta política hegemónica y la dinámica de acumulación de capital. Por lo tanto, veremos hasta qué punto el bloque productivo logró obtener los beneficios esperados del proyecto que ellos mismos impulsaron.

En este contexto, los principales beneficiados al inicio del nuevo ciclo de acumulación fueron los capitales agroexportadores. Esta fracción del capital fue la más favorecida por la devaluación de la moneda. A lo que posteriormente se sumó, como factor externo, el notable incremento que exhibieron los precios internacionales de los principales productos agropecuarios de exportación. Si bien la aplicación de retenciones a las exportaciones agropecuarias significó para esta fracción del capital una deducción importante de excedente, tal fue el incremento en la rentabilidad de este sector que a pesar del impuesto obtuvo ganancias extraordinarias⁶. También tuvieron ganancias patrimoniales derivadas del aumento del valor de la tierra -producto del incremento de la renta- y aquellos productores fuertemente endeudados con la banca local un saneamiento de la situación financiera, debido a la pesificación de deudas e ingresos dolarizados (vía exportaciones).

La devaluación de la moneda también benefició a los grandes capitales vinculados al petróleo y la minería. A igual que los capitales agroexportadores, estos se vieron favorecidos por la conjun-

5- Amplia capacidad ociosa, desempleo elevado, salarios reales muy deprimidos y una notable mejora en los términos de intercambio en el comercio internacional.

6- De acuerdo con estimaciones realizadas por Arceo y Rodríguez (2006), la renta agraria apropiada por los productores se incrementó un 600%, al pasar de un promedio de 1.288 millones de pesos durante las campañas de 1991-2001 a 9.022 de pesos promedio (en valores constantes de 2004) entre las campañas de 2002 y 2004.

ción de un tipo de cambio devaluado y por el alza de los precios internacionales. De hecho durante 2002 y 2007 estos capitales fueron los que obtuvieron los niveles más altos de rentabilidad dentro de la cúpula empresarial⁷ (Wainer, 2013). En el caso de la minería, los capitales que operan en el sector también se beneficiaron por la puesta en marcha de varios proyectos megamineros para la exportación en el marco de la vigencia y reactualización del sistema normativo heredado de los años noventa, que amplió fuertemente las facilidades otorgadas a las empresas del sector.

En menor medida, la devaluación también impactó positivamente en los capitales industriales, sobre todo en los más grandes, al menos en dos formas. Por un lado, mejoró la competitividad externa a través de la reducción de los “costos salariales” en dólares. Por otro lado, ofreció cierta protección de la competencia externa que favoreció la recuperación de la actividad en algunos sectores vinculados al mercado interno. Además, el congelamiento de las tarifas junto a la inicial y brusca caída del salario real en 2002 y la mayor velocidad de rotación del capital –debido al incremento de la demanda interna y externa–, contribuyeron a elevar notablemente la tasa de ganancia de los sectores productivos.

Entre las menos favorecidas dentro de las fracciones del capital ganadoras al inicio del nuevo ciclo de crecimiento se encontraron las vinculadas al sector financiero y a los servicios públicos (privatizados). Por la gran presencia de capitales extranjeros, los últimos se vieron desfavorecidos por la pesificación y el congelamiento de las tarifas, que dieron lugar a un esquema de precios relativos opuesto al vigente durante la etapa neoliberal (Wainer, 2013). La devaluación y pesificación implicó para esta fracción del capital transnacionalizada una doble pérdida: de flujo y de stock. La primera por el achicamiento de las utilidades en dólares susceptibles de ser remitidas a sus países de origen y la segunda debido de la desvalorización en dólares de los activos físicos adquiridos.

No obstante, el congelamiento de las tarifas fue acompañado con una política de subsidios a estas empresas proveedoras de ciertos servicios públicos que, en el marco de conciliación de intereses de las diversas clases y fracciones de clase, permitieron tanto una transferencia de ingresos hacia dichas firmas, como así también un

7- 200 firmas de mayores ventas del país, sin incluir las grandes firmas agropecuarias y financieras.

subsidio general a los costos de producción que favoreció al capital en general. A su vez, la posterior reactivación del consumo permitió una recuperación significativa de la rentabilidad de la mayor parte de las empresas de servicios.

Para el capital financiero local, la conjunción de devaluación, pesificación asimétrica y los cambios en los precios relativos, ocasionaron una reducción de sus ganancias en dólares y una fuerte desvalorización en términos internacionales de los activos de los bancos —compuestos fundamentalmente por créditos—. Al igual que en el caso de los servicios públicos, los capitales más perjudicados fueron los de origen extranjero. Sin embargo, esto estuvo acompañado por compensaciones vía “salvataje financiero”⁸ y la relajación de ciertas normas contables, que evitaron que buena parte de los bancos se tuviese que declarar en quiebra (Cantamutto y Wainer, 2013).

A su vez, el alto crecimiento económico y la renegociación de la deuda externa en 2005 ocasionaron una mayor demanda y un alza en la cotización de los nuevos bonos emitidos por el Estado, lo cual le permitió a los grandes bancos obtener importantes ganancias como intermediarios. Por otra parte, estos también obtuvieron importantes beneficios a partir de financiar buena parte del creciente consumo, sobre todo a través de instrumentos como los adelantos en cuenta corriente, las tarjetas de crédito y los créditos personales.

Sobre la base del patrón de reproducción del capital recreado en los años ‘90 y las limitaciones de la acumulación dependiente manifestadas desde fines del siglo XX, la articulación de intereses a través de las políticas macroeconómicas señaladas fueron dando lugar a una reconfiguración económica al interior de las clases dominantes en el marco del nuevo proceso de valorización. En este sentido, en el período post-neoliberal la fracción del capital productivo fue la que, por lejos, más ingresos apropió (con un aumento del 386%) y, en consecuencia, también incrementó notablemente su gravitación relativa en el plusvalor total de la economía (un 33%), en detrimento de las fracciones comercial y financiera (-23% y -27%). Entre 2002 y 2014 esta fracción del capital llegó a tener una participación del 57% en el total de los ingresos de las clases dominantes.

.....
8- A través de la emisión de bonos del Gobierno nacional para solventar el sistema financiero en el marco de la pesificación asimétrica.

Este incremento de la participación en las ganancias por parte de la fracción productiva estuvo asociado a una mayor explotación laboral, tanto en términos absolutos (debido al derrumbe de los salarios reales que implicó la devaluación de 2002) como en términos relativos (debido al incremento de la productividad laboral a través de la incorporación creciente de bienes de capital e insumos importados al reactivarse el crecimiento). Esto puede observarse al indagar la evolución de la relación entre los ingresos del capital y los ingresos de los trabajadores (tasa de explotación) para cada fracción del capital: entre 2002 y 2014 la fracción productiva fue la única que tuvo un incremento de las ganancias en relación a la masa de salarios (33%), ya que para el resto de los capitales (comerciales y financieros) la misma relación se redujo notablemente (-30% y -40%).

Otro aspecto que da cuenta de los mayores ingresos de la fracción productiva del capital se asocia al perfil de inserción internacional primarizado y a las nuevas posibilidades de realización del valor a través de las exportaciones, que fueron profundizados en los años post-neoliberales. Al respecto cabe considerar que entre 2002 y 2007 al interior de la fracción productiva fueron los capitales ligados a los sectores de exportación extractivos, primarios y transporte, almacenamiento y comunicaciones los que obtuvieron una mayor suba de sus ingresos. Al tiempo que la industria, si bien de conjunto siguió apropiándose de una porción mayoritaria de las ganancias (47%), perdió en gravitación en relación a la década previa (-7%).

Sin embargo, la pérdida de gravitación de la industria en las ganancias debe considerarse sobre la base de un proceso de concentración y centralización que se profundizó en las últimas décadas, por lo que dicho retroceso relativo en los ingresos de la fracción industrial productiva no se dio de manera homogénea. Los procesos de fusiones y adquisiciones que tuvieron lugar durante la segunda mitad de los años '90 se combinaron en 2002 con una intensa centralización de capitales que tuvo lugar en el marco de la crisis. Y consolidaron en los años posteriores una fuerte inserción y presencia de un puñado de grandes firmas en la estructura de variables macro relevantes (ventas, exportaciones, etc.). El abanico más amplio de posibilidades en materia productiva, tecnológica, comercial y financiera de estos capitales de mayor tamaño les permite captar excedente de manera diferencial.

Se trata de un aspecto que se vincula a un rasgo distintivo de las ramas “ganadoras” en general, relacionado con la dependencia del proceso de reproducción del capital en nuestro país durante la etapa post-neoliberal: la fuerte y creciente presencia de capitales extranjeros en nuestra economía. Si bien sobre la base de un proceso de extranjerización inédito durante la etapa neoliberal, estos capitales consolidaron sus posiciones materiales en todos los sectores productivos, siendo las ramas primarias-extractivas y sus derivadas las predilectas durante 2005-2015.

En efecto, al observar los flujos de Inversión Extranjera Directa (IED) del período por grandes sectores productivos vemos que el sector primario-extractivo y las manufacturas derivadas (minería, alimentos, petróleo, elaboración de metales comunes, sector agropecuario y oleaginosas) concentraron un 37% de la IED. Por su parte, las manufacturas industriales (industria química, armaduría automotriz y maquinaria y equipos) recibieron el 24% del total. Esta fuerte presencia de capitales extranjeros en la primera fase del ciclo del capital tiene fuertes repercusiones en las siguientes, especialmente en la forma en que se produce plusvalor y en la apropiación y destino del excedente, lo cual hacia 2008 dio lugar y/o profundizó la recreación de problemas estructurales crónicos de las economías dependientes.

La relación entre la reconfiguración económica al interior de las clases dominantes y el agotamiento del proceso de acumulación dependiente podemos verlo con claridad al considerar la generación y distribución de las ganancias en el período 2008-2014, cuando empiezan a manifestarse las limitaciones del nuevo proceso de valorización del capital (menor crecimiento económico, reaparición de la restricción externa, acentuación de la dinámica inflacionaria, bajo dinamismo en la creación de empleo y magras mejoras salariales) en paralelo con la emergencia de la crisis internacional.

Durante esa sub-etapa la industria redujo su participación en la masa de ganancias totales un 5% más (llegando al 44%), al tiempo que una de las fracciones más beneficiadas en términos económicos durante 2002-2007, la vinculada al agronegocio, lo hizo en un 21% (bajando su peso en el ingreso total al 13,5% entre 2008-2014). Tal es la repercusión del menor excedente apropiado por estas dos ramas en estos años

que al comparar la tasa de plusvalor (las ganancias en relación a los salarios) del total de la economía entre 1993-2001 y 2002-2014, la misma se redujo en un 5%. Y, si bien las fracciones del capital comercial y financiera empezaron a recuperar importancia relativa no lograron un avance significativo.

De este modo, el agotamiento del modo de desarrollo post-neoliberal se manifestó, en primer lugar, en la re-emergencia de limitaciones de un patrón de reproducción del capital dependiente que, a partir de 2008, incrementarán la disputa por el excedente económico. A partir de allí, serán las fracciones productivas vinculadas al agronegocio las que en conjunto con el sector de empresas de comunicación y multimedios, algunos grandes capitales transnacionales (Techint y Arcor son los más significativos) y las empresas de servicios públicos privatizadas, retomaran la iniciativa política en la construcción de una alternativa político-hegemónica a la del bloque productivo. Y que, a través de la nueva fuerza política de derecha Cambiemos, lograron a fines de 2015 acceder a tener una presencia más directa en el poder estatal y estar entre las más favorecidas económicamente por las medidas tomadas en los primeros meses del nuevo gobierno.

Algunas reflexiones y una hipótesis sobre el plano cultural de la dominación

A lo largo del artículo hemos caracterizado a la clase dominante de Argentina en el período 2002-2015, a través de los siguientes elementos. En primer lugar, el proyecto hegemónico que piloteó la tormenta de la crisis del orden neoliberal tuvo una impronta desarrollista y fue impulsado centralmente por un sector de la clase dominante que podríamos llamar “productivo”. Este sector logró consolidar una hegemonía política a través de dos planos: por un lado, el acceso privilegiado al poder estatal durante la crisis y, sobre todo, en la forma que tomó la resolución de la misma; por otro, a través de la activación de una tradición muy arraigada en la historia de nuestro pueblo que es la tradición que mencionamos como la tríada industria-trabajo-nación.

Cabe aclarar que los sectores más activos en dinamizar este consenso, no fueron los que efectivamente más ganaron en términos económicos en el marco del nuevo orden. El nuevo conjunto de políticas económicas, el nuevo clima de época que dio legitimidad a los planteos de la UIA y del Grupo Productivo, si bien otorgó grandes beneficios

económicos a estos sectores impulsores del cambio de época, favoreció en mayor medida a los sectores más concentrados del capital productivo. Es así que si bien la fracción productiva del capital mejoró su participación en las ganancias luego de 2002, la elevada concentración y extranjerización que caracterizaron la reestructuración neoliberal y su consolidación en los últimos años condujeron a que esta mejora sensible de la fracción productiva, fuera mayormente aprovechada por el gran capital agroindustrial, los vinculados a proyectos mega-mineros y los grandes capitales industriales de carácter transnacional.

Así, una política impulsada por un sector del empresariado, sólo generaba de manera secundaria y subordinada una mejora en sus ingresos. En base a esto, en tercer lugar, vemos que el desgaste de la hegemonía desarrollista le dio peso político precisamente al sector que, aún siendo los grandes ganadores económicos del período, se encontraban desplazados o “desgarrados” en cuanto a la conducción política del Estado (Cantamutto, 2015). Estos mismos sectores son los que luego de 2009 retomaron la iniciativa política en la construcción de una alternativa liberal-republicana que, en definitiva, es la que terminó de dar por tierra con la estrategia desarrollista.

Más allá de estos puntos, nos interesa señalar una cuestión de peso: en el plano más profundo de la hegemonía, el plano que podríamos llamar cultural, la reproducción de un sentido común neoliberal fue una constante en la etapa de gobiernos kirchneristas. En algunas coyunturas puntuales de hiper-politización los parámetros básicos del profundo consenso neoliberal parecían alterarse a favor de un cambio duradero en ese sentido común escrito con letras de sangre en la conciencia de nuestro pueblo. Pero si tomamos el conjunto de la década larga 2002-2015 encontramos un balance menos optimista. La hegemonía desarrollista si bien puso en tensión ciertos aspectos del proyecto neoliberal, sobre todo en los años de emergencia del nuevo orden, basó buena parte del consenso activo del pueblo trabajador sobre nodos claramente neoliberales: el individualismo, el consumismo, la centralidad de la actividad privada, la primacía del derecho de propiedad sobre cualquier otro derecho, el éxito personal asociado al crecimiento de la riqueza, entre otros puntos de peso.

Creemos que en estos puntos radica el principal acuerdo del conjunto de la burguesía en nuestro país. Más allá de su tamaño, sus demandas corporativas sectoriales, sus posiciones políticas coyunturales, el

acuerdo general sobre estos planos culturales insertos en la ideología neoliberal ha sido la constante que mantiene la unidad de la clase dominante desde 1976 hasta nuestros días. Es, en definitiva, este acuerdo estructural impulsado por el conjunto del empresariado, la barrera hasta el momento infranqueable para iniciar un tránsito hacia un proceso de liberación nacional que cuestione, desde las prácticas concretas y las múltiples tradiciones de nuestro pueblo trabajador, las bases sobre las que se asienta la dominación capitalista. ●

BIBLIOGRAFÍA

Arceo, N. y Rodríguez, J. (2006). “Renta agraria y ganancias extraordinarias en la Argentina. 1990-2003”, en *Realidad Económica* (219), Buenos Aires.

—

Cantamutto, F. (2015). El orden político kirchnerista: hegemonía y populismo en Argentina, 1998-2015. Tesis doctoral, FLACSO México.

—

Cantamutto, F. y Wainer, A. (2013). *Economía política de la Convertibilidad. Disputa de intereses y cambio de régimen*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

—

López, E. (2015). Los años post-neoliberales. De la crisis a la consolidación de un nuevo modo de desarrollo. Buenos Aires: Miño y Dávila.

—

Thompson, E. P. (1989). *Tradición, revuelta y consciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Madrid: Editorial Crítica.

—

Wainer, A. (2013). “Cambios en el bloque en el poder a partir del abandono de la Convertibilidad. ¿Una nueva hegemonía?”, en Gri-guera, J. (comp.) *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi.